

Disipóse en la blanca polvareda  
tu silueta, á lo lejos... Hoy no queda  
más que una frágil sombra que indecisa

atraviesa mis sueños balbucientes...  
Sólo recuerdo el blanco de tus dientes  
entre el rojo clavel de tu sonrisa.

ROMANCES

PARA MANUEL S. PICHARDO

ROMANCE AMOROSO.

—¡Paje mío, paje mío,  
dime, ¿por qué estás tan pálido?  
Son dos lises tus mejillas,  
dos azucenas tus manos...  
Las ojeras de tus ojos  
como los lirios morados.

—Pasé la noche, á la luna  
por tus jardines vagando;  
y el perfume de tus rosas  
me puso el rostro tan pálido.

—Si el perfume de mis rosas  
la color te ha cambiado,  
entra esta noche, á la una,  
por la ventana, en mi cuarto...  
¡Te haré volver los colores  
con las rosas de mis labios!

El paje al sonar la una,  
cruza el salón del palacio.  
Calza sandalias de seda  
para andar sin ser notado,  
y en el cuarto de la infanta  
por la ventana se ha entrado.

El sol doraba el Oriente;  
cuatro veces cantó el gallo  
y entre los altos rosales  
el paje torna callado,  
como una sombra sin vida,  
igual que un muerto de pálido.

¡Doblaban lentas y tristes  
las campanas de palacio!  
Y en el rincón más obscuro  
del ruinoso camposanto,  
por orden del Rey, dos hombres  
una fosa están cavando!

ROMANCE MORISCO.

Una horca están poniendo  
en las torres del Alhambra  
para colgar, á la aurora,  
á Moraima, la Sultana.

En un potro jerezano,  
armado de todas armas,  
por el camino de Atarfe  
el bravo Aliatar cabalga.

Ante sus ojos, cual nubes  
álamos y olivos pasan,  
y es tan densa y tan oscura  
la polvareda que alza,  
que las gentes del camino  
no logran verle la cara.

Cruzando va Puerta Elvira,  
y es su carrera tan rápida  
que cuando la oye el oído  
ya no le vé la mirada.

Bajo los cascos del potro  
de Bibarambla en la plaza  
lanzando chispas de fuego  
las piedras rotas saltaban.

¿A qué vienes, Aliatar?  
el Rey colérico exclama.  
—Vengo á salvar con tu muerte  
la vida de la Sultana...—

Y desenvainando el corvo  
hierro de su cimitarra,  
de un tajo le segó el cuello  
al Rey moro de Granada.

Y la cabeza del Rey  
en la punta de una lanza,  
goteaba sangre, á la aurora,  
en las torres del Alhambra.

CANCIONES DE NIÑOS.

PARA JOSÉ SANTOS CHOCANO

I

LA PRINCESA ENCANTADA.

La mano de un ensueño me condujo  
á la Alhambra de mármol y cristal,  
donde encantada yaces bajo el lujo  
de un verde y llameante naranjal.

Palomita sultana! En tu cabeza  
al peinarte, clavó largo alfiler  
la maga que envidiaba tu belleza,  
y se trocó en paloma la mujer.

Yo venceré dragones y gigantes  
para llegar donde tu vida espera.  
Tu áureo alfiler arrancará mi amor.

Y surgirás... El peine de diamantes  
peinando el oro de tu cabellera  
en la penumbra de un naranjo en flor.

II

LAS TRES TORONJAS.

Hay tres toronjas cerca de un lago;  
áureos esmaltes entre el verdor.  
Son tres princesas que encantó un mago  
porque ninguna quiso su amor.

Una es muy rubia, su porte es grave.  
La otra morena, rosa carnal...  
De la pequeña sólo se sabe  
que no ha existido ni existirá.

Para robarlas treparé un día  
los encantados muros espesos...  
Ante mis plantas caerá el dragón...

Daré á la rubia mi poesía,  
á la morena daré mis besos,  
y á la pequeña mi corazón.

III

CAPERUCITA.

—Caperucita, la más pequeña  
de mis amigas, ¿en dónde está?

—Al viejo bosque se fué por leña,  
por leña seca para amasar.

—Caperucita, dí, ¿no ha venido?  
¿Cómo tan tarde no regresó?

—Tras ella todos al bosque han ido,  
pero ninguno se la encontró.

—Decidme, niños, ¿qué es lo que pasa?  
¿Qué mala nueva llegó á la casa?  
¿Por qué esos llantos? ¿Por qué esos gritos?

¿Caperucita no regresó?  
—Solo trajeron sus zapatitos...  
¡Dicen que un lobo se la comió!

IV

EL PRÍNCIPE.

—Decidme ¿visteis aquel que adoro?  
Porta en sedosa bolsa escarlata  
para mis dedos cintos de oro,  
para mis sienes velos de plata.

Bordado en gemas fulge su sayo:  
sus armas lanzan áureos fulgores...  
Bajo los cascos de su caballo  
hasta en la arena brotan las flores—•

Canta la virgen... Por los senderos  
en flor, se esfuma la primavera...  
Pórtanlo herido cuatro escuderos:

y desolada la niña advierte  
que bajo el oro de la visera  
su rostro es pálido como la muerte.

V

EL ANILLO DE LA REINA.

Está la Reina llorando á solas,  
porque el anillo que el Rey la dió  
cuando casaron, cayó en las olas  
y un pez muy rojo se lo tragó.

—De la sortija nupcial, ¿qué has hecho?

—No la he perdido!.. Cayóse al mar...

Y el Rey celoso, en su despecho  
á la Princesa mandó matar.

Solo á su estancia se fué á comer. .  
Un pez sirvieron sobre la mesa.  
Se vió al monarca palidecer,

porque al partirlo, en él se halló  
el áureo anillo que á la Princesa  
al desposarse le regaló.

BALADAS.

PARA ALFREDO GÓMEZ JAIME